

Igualdad literal

Al ser la primera letra, «a» siempre fue como una madre para vocales y consonantes y, como tal, debía cuidarlas. Pero tenía más aspiraciones.

Le dolía que unas privilegiadas monopolizasen la terminación de determinadas palabras. Categóricamente finalizaban en «o» si nombraban a quien estudiaba ingeniería, en «z» a quien aprobaba judicatura, en «r» a quien regía una Universidad... “¿Por qué no «a»?” “¿Sería la única con inquietudes?”. Pues no. Descubrió que «p» fue despedida en la séptima mensualidad de gestación; que «b» temblaba pensando que «n» quebrantaría el orden judicial que le prohibía estar ante ella; que una religión, que no confesaba «e», le obligaba a cubrirse con tilde para no ser considerada una pecadora... ortográfica. No estaba sola.

Ante tantas injusticias reprimidas, «A» se levantó cual mayúscula: “*¡Debemos tener las mismas oportunidades!*”. Daba igual que «i» fuese griega o latina. Nadie silenciaría a «h». No importaba que «u» naciese vocal, pues sentía ser consonante cuando seguía a «g».

Juntas alzaron sus voces y, tras larga lucha, lograron disminuir las desigualdades. Así, «A» consiguió ser Ingeniera, Jueza e, incluso, Rectora. Porque no hay hazañas imposibles, ni siquiera prescindir de palabras masculinas para reivindicar, con esta historia, la igualdad.